

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/305721>

HAN, Byung-Chul (2017): *La expulsión de lo distinto*, Barcelona, Herder, 128 pp.

*Flâneur*: no se me ocurre mejor palabra para definir a Byung-Chul Han. Ese *flâneur* baudeleriano: un observador apasionado, un *aprehendedor* de destinos; ese caminante voyerista *des-cubridor* de Susan Sontag. Y es que Han dejará que lo exterior (o lo distinto) penetre en su interior. En eso consistirá su sinceridad: *enfrentado* con lo otro y a través de, lo que llamaré, una «matrioshka de fragmentos» nos *des-velará* una perspectiva múltiple y *múltiple*. Múltiple en cuanto a filosófica, sociológica o psicológica, entre otras; *múltiple* en cuanto a que incorporará a lo distinto, a lo extraño, a lo otro. Porque sin el otro no puede haber un yo. Sin un tú no puede haber un yo. Eso es lo que viene a recordarnos Han con *La expulsión de lo distinto*.

Como ya nos tiene acostumbrados, Han, ayudándose de algo así como unos retales, confeccionará un velo que, en vez de cobijarnos del afuera, nos entregará a la frialdad de nuestros adentros. Un velo que no velará, sino que des-velará, que *nos* des-velará (y nos desvelará). Porque eso es Han: un des-velador (y un desvelador). Así, el número 12 serán los retales que compondrán *La expulsión de lo distinto*, retales que podrán contemplarse por separado y, también, en su conjunto, porque será en ese su conjunto (como si de una pintura puntillista se tratase) cuando se vislumbrará su verdadero significado. Pero aún más: ese velo que Han hila con cada uno de los retales de *La expulsión de lo distinto* no es otra cosa, a su vez, sino otro retal más dentro de todo el conjunto de su obra; porque si *La expulsión de lo distinto* puede leerse como un libro independiente, como seguidor, lector y admirador de Han, desde hace ya algunos años, aprovecho para recomendar, desde aquí, la

lectura de cualquier otro de sus libros, para enriquecer y complementar así *La expulsión de lo distinto*; y, también, para *apresar* su pensamiento: un pensamiento que queda *desparramado* por todos sus escritos y que con su lectura en conjunto podrá llegar a *com-prender-se*.

Han abre *La expulsión de lo distinto* con una advertencia: «Los tiempos en los que existía *el otro* se han ido» (9). Para Han, todos los males de los tiempos actuales no vienen de lo otro, sino de nosotros mismos. Porque la violencia no es tan sólo la violencia del otro; la violencia puede ser también la violencia de uno mismo contra uno mismo, o lo que es lo mismo: la autodestrucción. Una violencia más violenta aún: porque es invisible; no hay nada contra qué defenderse. Esto sería algo así como una infección provocada por uno mismo. Desde un punto de vista biológico, una infección aparece con la entrada de lo distinto en una mismidad; generando, así, anticuerpos. Es por eso que, para Han, es lo distinto lo que da forma a una mismidad; porque la forma de una mismidad es tal en cuanto a la diferencia con lo distinto. Y para apoyar esto, echa mano de Heidegger: «Lo Mismo sólo se deja decir cuando se piensa la diferencia» (11). Pero Han irá más allá. Lo interesante de Han es que nos está hablando de nuestro tiempo, del ahora, del ahora mismo. Y en su lectura de su (nuestro) tiempo, ese tiempo es un tiempo sin experiencias. Para Han, una experiencia es un encuentro con el otro, y la interconexión digital de nuestros días elimina dicho encuentro. Así, nos quedamos sin experiencias porque, para Han, lo inherente a la experiencia es nuestra transformación al toparnos con algo distinto. Han rescata, ahora, a Max Scheler para, a

su vez, rescatar a San Agustín y así, darse apoyo. Y es que, San Agustín atribuye a las plantas una necesidad: que el ser humano las contemple. Es decir, para San Agustín, las plantas no tienen una plenitud, sino una carencia: necesitan que se las contemple. Y para Han esa es, también, la situación del ser humano. Y, también, para Sartre, para quien ser observado constituiría el aspecto más importante del «ser en el mundo». Ahora es el momento de rescatar la que considero idea fundamental de *La Expulsión de lo distinto*: sin el otro no puede haber un yo; si expulsamos al otro, nos estamos expulsando, a la vez, a nosotros mismos. Sólo el otro (como eros) puede sacarnos de ese infierno, sólo el otro puede arrancarnos de nosotros mismos.

Para Han, a la globalización también le es inherente una violencia: una violencia que lo hace todo comparable, intercambiable, igual. Y esa violencia, genera una contra-violencia. Para Baudrillard, la globalización engendra terroristas. Así Han: «El terrorismo es el terror del singular enfrentándose al terror de lo global» (25). Y continúa: «el neoliberalismo engendra una injusticia [que] [...] excluye [...] a las personas enemigas del sistema o no aptas para él» (27). Han echa mano, ahora, de Alexander Rüstow, para quien la ley mercantil neoliberal deshumaniza, y propone completar el neoliberalismo con una política más solidaria. Aquí aprovecha, entonces, para rescatar a Kant. Porque la idea de paz kantiana fundada por la razón exige una hospitalidad sin condiciones; una hospitalidad que no es altruismo, sino derecho; una hospitalidad necesaria para completar el derecho estatal e internacional; para acercarnos, poco a poco y cada vez más, a esa idea de paz perpetua. Para Han: «El grado civilizatorio de una sociedad se puede medir [...] en función de su hospitalidad» (36). Por eso, para Han, al neoliberalismo no lo guía la razón (tan sólo

un entendimiento calculador) y es por eso que carece de razón y no puede entenderse como el punto final de la Ilustración.

Han ahondará, más adelante, en un concepto del que hoy se habla mucho: la autenticidad. Ser auténtico significa liberarse de toda pauta impuesta desde fuera; conlleva a una obligación para consigo mismo. Ser auténtico equivale a producirse a sí mismo. Algo que, para Han, fomenta el narcisismo. Para ser auténtico (es decir: distinto a los demás) hay que compararse constantemente con los demás: y la constante comparación lo vuelve todo comparable (es decir: igual). La autenticidad, pues, elimina la alteridad y fomenta el narcisismo: y su consecuencia es que el otro desaparece. Y aprovecho ahora para volver, otra vez, a la que para mí es la idea fundamental de *La expulsión de lo distinto*: que un yo sólo existe en co-existencia con el otro. En mi lectura de Han, existir es co-existir. El otro es imprescindible para sentir que soy importante para otros. En palabras de Han: «Yo me puedo tocar a mí mismo, pero sólo me siento a mí mismo gracias al contacto con el otro» (44). Por eso, el narcisismo trae consigo una sensación de vacío y de sinsentido (porque nos faltan vinculaciones con el mundo): algo que reflejan, dicho sea de paso, los *selfies*: son un yo que se ha quedado solo. La idea a rescatar aquí es que, para Han, el eros da vida a la sociedad; y el narcisismo la desestabiliza.

Una idea que considero brillante, que se repite en casi todos los libros de Han, y que casi me veo en la obligación de comentar, es la idea de que vivimos en un tiempo pos-marxista: un tiempo en el cual desaparece la diferencia entre explotado y explotador, porque ahora es el mismo *sujeto* el explotador y el explotado. Ahora ya no existe el otro explotador; más bien nosotros mismos nos explotamos a nosotros mismos voluntariamente. Y desaparecidas estas diferencias

(explotador-explotado) ya no queda lugar para la revolución marxista: se vuelve imposible toda revolución. Y es que, mucho peor que no ser libre, es no ser libre pero pensar que lo somos. En nuestro tiempo, libertad y dominio coinciden.

Han, luego, nos recuerda que la palabra «objeto» viene del latín *obicere*, es decir: algo contrario que se vuelve contra mí, algo que me ofrece resistencia. Un *obicere* que algo tiene que ver con el miedo. El miedo: eso que provoca lo extraño, lo desconocido. Para Heidegger, el miedo nos arranca de lo cotidiano, de lo familiar, de lo habitual. Es ese derrumbe de lo cotidiano, de lo familiar y de lo habitual lo que provoca el miedo. Y sólo el miedo, para Heidegger, nos abre la posibilidad de *ser*: porque el miedo nos mueve; nos hace actuar: nos hace ser. Así pues, sólo podemos ser a través del miedo. Pero hoy (a causa del medio digital), perdemos cada vez más lo contrario. Lo contrario domina el orden terrenal. El orden digital es opuesto al orden terrenal. Los objetos digitales ya no son *obicere*: no nos replican, no nos ofrecen ninguna resistencia. No tienen *voz* ni *mirada*. No nos llevan a los umbrales: a ese tránsito a lo desconocido. Unos umbrales que pueden aterrarnos sí, pero también atraernos. Porque, repito, no podemos *ser* sin lo otro porque «sin lo contrario uno sufre una dura caída golpeándose consigo mismo» (74). Para Adorno, quien no percibe el mundo como algo extraño, no lo percibe. Y nuestra sociedad ha perdido toda extrañeza: haciendo imposible el asombro (un asombro que, dicho sea de paso, es el comienzo de la filosofía para Aristóteles). Hoy, con la zona digital, surge un horizonte familiar (habitado por el ego y en el que nos sentimos a gusto) que elimina todo lo extraño. Y es que, la comunicación digital que trata de aproximarnos al otro tanto como sea posible y que tiene como objetivo des-

truir toda distancia, no genera más cercanía, sino que la destruye: haciendo desaparecer al otro. No hay *relación*, sino *conexión*. La comunicación digital quiere eliminar al otro: haciéndolo igual.

Es por eso que ya hacia el final, Han se apoya en Lévinas: porque Lévinas introduce al otro. Esa relación con el otro Lévinas la llama «eros». Un eros al que en todo momento apunta Han en *La expulsión de lo distinto* (y también en algunos de sus otros libros): porque «el eros es lo único que está en condiciones de liberar al yo [...] de quedarse enredado en sí mismo de manera narcisista» (113). Y es que el amor, para Alain Badiou, hace posible abandonar lo habituado y crear otro mundo, un mundo distinto: un mundo desde la perspectiva del otro. Por eso, para Han, «resulta necesario volver a considerar la vida partiendo del otro» (115). Porque el espacio político, en palabras de Han: «es un espacio en el que yo me encuentro con otros, hablo con otros y los escucho» (123). Y esto es lo que elimina la comunicación digital. Así es Facebook: un espacio en el que no se mencionan problemas; sólo es un lugar para promocionarse. No se muestran ni preocupaciones ni dolor. Y lo que pasa es que, para Han, el sufrimiento es lo único que nos conecta para configurar una comunidad. Pero hoy, cada vez más, nos alejamos del sufrimiento de los otros, quedándonos a solas sólo con nuestros sufrimientos. Y así, el sufrimiento se individualiza y no se establece ninguna conexión entre nuestro sufrimiento y el sufrimiento de los demás. En eso consiste la estrategia del dominio: individualizar el sufrimiento ocultando, así, su sociabilidad e impidiendo su *politicización*. Porque la interconexión digital disminuye radicalmente la voluntad política. Internet no es un espacio de comunicación y de acción común; más bien es un espacio expositivo del yo donde cada uno hace

publicidad de sí mismo. Han, ya para acabar, llamará a una «revolución temporal»: a un tiempo totalmente distinto; a redescubrir otro tiempo (el *tiempo del otro*). Brillante y profunda aclaración final de Han: «La actual crisis temporal no es la aceleración, sino la totalización del *tiempo del yo*» (126). «A diferencia del tiempo del yo, que nos aísla y nos individualiza, el tiempo del otro crea una *comunidad*» (127).

Así pues, con su estilo particular, escribiendo al estilo de lo que me gusta llamar «videoclips» o «instantáneas», Han desmonta con cada una de sus palabras nuestro sentir, nuestra sociedad y nuestro tiempo. La finalidad de Han y de sus libros (o al menos, para mí) es mostrarnos que no somos como queremos ser; sino que somos como *quieren* que seamos; y lo más importante: que hay alternativas. Me gustaría decir para acabar que, coger un libro de Han e intentar resumirlo puede resultar en una tarea un

tanto difícil (aunque eso sí, no imposible), ya que sus ideas van y vienen a lo largo de sus libros, aparecen ahora para desaparecer o reaparecer luego, complementándose o hilándolas de una forma que sólo Han puede hacer. Por eso, como ya he dicho, sólo con la lectura de uno solo de los libros de Han no vamos a poder profundizar tal y como se merece en todo su pensamiento. Pero eso sí: nos ayudará a acercarnos a él. Un *acercamiento* que nos producirá miedo, un miedo provocado por lo distinto y que nos llevará al asombro; un asombro que, para Han, infunde vida al espíritu. Y es que eso es Han para mí: ese *otro* que reclama, eso *distinto* que nos llama a la puerta y que no podemos *expulsar*. Porque ser es ser con otros; y sin otros no podemos ser. En definitiva, un libro necesario. Como todos los libros de Byung-Chul Han.

Francisco Giménez Mateu

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/308421>

GLENNAN, Stuart (2017): *The New Mechanical Philosophy*. Oxford: Oxford University Press.

Stuart Glennan is one of the most relevant philosophers of the new mechanical philosophy. The new mechanical philosophy, which emerged between the last 1980s and the early 1990s, is a group of philosophers who have underlined the importance of mechanisms in science. Other authors related to it are Peter Machamer, Carl Craver, Lindley Darden, and William Bechtel. Since the mid-1990s, when his influential “Mechanisms and the Nature of Causation” (1996) was published, Glennan has made several contributions to the contemporary debate about mechanisms. The aim of *The New Mechanical Philosophy* (2017), which

is his most recent book, is to compile his ideas about mechanisms and address several philosophical topics from the new mechanical approach. Glennan considers that the new mechanical philosophy is both a philosophy of science and a philosophy of nature. Not only is it suitable for analysing science, but also for inquiring the constitution of the natural world.

The book could be divided into two parts. In the first part, which includes chapters 1 to 5, Glennan develops his notion of mechanism. He also characterizes the models that represent mechanisms. In the second part, which includes chapters